4938

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

EL GALOPE DE LOS SIGLOS

HUMORADA SATÍRICO-FANTÁSTICA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN OCHO CUADROS

EN PROSA Y VERSO

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO

MÚSICA DE

RUPERTO CHAPÍ

Representada por primera vez en el TEATRO DE APOLO
el dia 5 de Enero de 1900.

2 = 1889

MADRID
FLORÍN, 8, BAJO
1900

EL GALOPE DE LOS SIGLOS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL GALOPE DE LOS SIGLOS

HUMORADA SATÍRICO-FANTÁSTICA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN OCHO CUADROS

EN PROSA Y VERSO

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO

MÚSICA DE

RUPERTO CHAPÍ

Representada por primera vez en el TEATRO DE APOLO
el día 5 de Enero de 1900.

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado.
1900

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/elgalopedelossig13818chap

Á la compañía del Teatro de Apolo,

de Madrid,

única en el mundo capaz de poner en escena esta obra en dos días y de interpretarla maravillosamente,

El Autor.

AUTORES ESPAÑOLES
SOCIEDAD DE MÚSICA

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
La condesa Isabel	D.ª Joaquina Pino.
Mendo	Isabel Bru.
Paje 1.º	Felisa Torres.
Paje 2.º	Elisa Moreu.
La Lechuza	Aurora Rodríguez.
La señá Indalecia	Pilar Vidal.
Lolilla	Pilar Navarro.
Tecla	Dolores Maldonado.
Mademoiselle Gaité	Pilar Navarro.
La bella Ruiz	Felisa Torres.
Una camarera	Dolores Zavala.
El conde Alvar Ortiz	D. Manuel Rodríguez.
Don Nicolás	Emilio Carreras.
Ferrán	Melchor Ramiro.
El señor alcalde	José Ontiveros
Concejal 1.º	Tomás Codorniú.
Concejal 2.º	Manuel Sánchez.
Concejal 3.º	Mariano Otero.
El secretario	Antonio Soriano.
Guardia 1.º	José Ontiveros.
Guardia 2.º	Tomás Codorniú.
Lucio	Anselmo Fernández.
Remigio	Isidro Soler.
Pepe	Vicente Carrión
Quilino	Anselmo Fernández.
El inspector	Andrés Ruesga.
Un mesnadero	Victoriano Picó.

Pajes.—Mesnaderos —Dueñas.—Soldados.—Escuderos. Doncellas.—Aldeanos. —Divettes.—Heraldos.—Bailarinas y Parroquianos.

La acción empieza en el siglo XV y termina en nuestros días.—Derecha é izquierda, las del actor mirando al público.

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Selva.

ESCENA I

ALVAR ORTIZ, MESNADEROS

Música.

(Al levantarse el telón salen por la izquierda y avanzan lentamente hasta que cesa la música.)

Hablado.

ALVAR. ¡Guerreros! Haced alto. Demos gracias
al Dios de las batallas, que nos guía
y el triunfo ha concedido á los cristianos.
Ya en la cercana cumbre se divisa
mi castillo feudal, donde me aguarda
la condesa, rezando en la capilla.
Ella me dió valor en los combates,
mi fe en su amor me conservó la vida,
y por ella con ansia se cebaron
nuestras espadas en la infiel morisma.
Pero un vago temor me asalta ahora:
si trajo el mensajero la noticia
de mi feliz retorno, ¿por qué siguen

609560

mudo el castillo y sola la campiña?
¿Por qué no salen? ¡Ay!

MESNAD. ¡Señor!

ALVAR. ¿Qué pasa?

MESNAD. Aquí viene Ferrán, que él os lo diga.

ESCENA II

DICHOS, FERRÁN, por la izquierda.

ALVAR. ¡Ferrán!

FERRÁN. (Arrodillándose.) ¡Señor!

ALVAR. ¿Tú solo?

FERRÁN. Acompañado
de malas nuevas.

ALVAR. ¿Malas? Alza y dílas,
que el pecho endurecido en los combates
dispuesto queda á soportar desdichas.
¿Hay peste en mis dominios?

FERRÁN. Peor que eso.

ALVAR. ¿La tormenta ha asolado la campiña?

FERRÁN. Peor.

ALVAR. ¡Cielos! ¿Ha muerto la condesa?

FERRÁN. Vive.

ALVAR. Respiro.

FERRÁN. Pero más valdría
que la encontrarais muerta.

ALVAR. ¡Horror! ¿Qué dices?

FERRÁN. Digo, señor, que la pasión indigna
en el pecho estalló de vuestra esposa
y mancha vuestro nombre.

ALVAR. ¿Ella? ¡Mentira!
¿Tienes pruebas?

FERRÁN. Las tengo. En el castillo
nadie, señor, ignora la noticia.
La infiel no se recata al ofenderos.

ALVAR. ¿Y quién es el traidor que me asesina?

FERRÁN. Es un paje, señor.

ALVAR. ¿Cuál?

FERRÁN. Mendo Núñez.

ALVAR. ¿Y lo sabes y él vive todavía?
Al partir á la guerra, ¿no te dije

que guardaras mi honor? ¡Y lo mancillan
una infiel y un villano y no los matas!

FERRÁN. Quise, pero no pude. Me vigilan
pajes, doncellas, escuderos... ¡Todos
son cómplices, señor, de la perfidia!

ALVAR. ¡Ah, yo me vengaré! De la perjura
el cuello he de entregar á la cuchilla
y colgaré al infame de una almena.

FERRÁN. Perdón, pero haréis mal.

ALVAR. Haré justicia.

FERRÁN. La muerte que sorprende en el delito
destruye al criminal, no le castiga.
A ofensa grande, fiera la venganza.

ALVAR. Tienes razón. Mi rabia necesita
gozarse en su dolor; suplicio largo,
tormento horrible, bárbara agonía.

FERRÁN. Yo tengo el medio.

ALVAR. ¿Cuál?

FERRÁN. Conmigo viene
la bruja aquella que en la falda habita
del castillo. Allí está. (Hace señas llamando.)
Para este caso
mandé que me tuviera prevenida
una droga infernal, y ésa es la droga
que os ofrezco, señor, en vez de albricias.

ALVAR. Has hecho bien, Ferrán. Y yo la acepto.
Lléguese esa mujer.

FERRÁN. (Llamando otra vez.) Lechuza, aprisa.

ESCENA III

DICHOS, LA LECHUZA

LECHUZA. Perdón, señor, pero la edad...

ALVAR. Responde.
¿Traes el veneno?

LECHUZA. (Enseñando un pomito) Aquí.

ALVAR. (Arrebatándoselo.) Venga en seguida.
¡Ya el castigo cruel está seguro!
¿Mata de pronto?

LECHUZA. No; tarda tres días.

ALVAR. Más debiera tardar.

LECHUZA. Y el que lo prueba

sufre en ellos angustias infinitas;
con una sola gota el pecho estalla,
cientos de agujas las entrañas pinchan
y aceite hirviendo por las venas corre.

ALVAR. Eso quiero. Oye bien, vieja maldita:
tuyo será cuanto gané en la guerra
si ese horrible martirio no es mentira.

LECHUZA. Gracias, amo y señor.

ALVAR. Mas si lo fuese...
¡Mando mañana que te entierren viva!

LECHUZA. Tranquila estoy.

ALVAR. Pues vete. (Vase la Lechuza.)
¡Mesnaderos!
¡Al castillo conmigo, á hacer justicia!
¡Que los agravios que la sangre manchan
sólo con sangre ¡vive Dios! se limpian!

Música.

(Se repite la marcha. Vanse todos por la derecha.)

Mutación.

CUADRO SEGUNDO

Salón en un castillo de la Edad Media.

ESCENA IV

PAJES, ESCUDEROS, DUEÑAS, SOLDADOS, DONCELLAS

Música.

TODOS. Cuando apenas la noche callada
el castillo en las sombras envuelve,
de su cámara siempre cerrada
sale el paje cruzando el jardín,
y pensando que nadie se entera,
á los brazos amantes se vuelve
de la dama, que ansiosa le espera
á la puerta de su camarín.
Esa mujer
de su deber
ya se olvidó.
No lo creí;
cuando lo vi
me sorprendió.
Y allí en el tranquilo rincón misterioso
tal vez el pecado les sabe mejor,
pues dice otro paje que vela envidioso
que se oyen los dulces arrullos de amor.
Esa mujer
de su deber
ya se olvidó.
No lo creí;
cuando lo vi
me sorprendió.
MUJERES. ¿Se sabe ya?
HOMBRES. Se sabe ya,
porque el infame

desvergonzado
no se arrepiente
de haber robado
su corazón,
y aunque le vean
y aunque haya gente,
no disimula
la llama ardiente
de su pasión.

MUJERES. Y la traidora
casi parece
que con la dicha
se enorgullece
de su traición.

HOMBRES. ¿Y el señor conde?

MUJERES. Ya se retarda.

HOMBRES. Cree que le guarda
fidelidad.
Pero si escapa
del enemigo,
en el castigo
no habrá piedad.

MUJERES. Para el villano
que le burló.

HOMBRES. Para la infame
que le engañó.

MUJERES. Cosa tan grave
¿quién le dirá?

HOMBRES. Si no lo sabe,
ya lo sabrá.

MUJERES. Al primer toque
de la oración

HOMBRES. Sale el amante
del torreón.

MUJERES. Con gran misterio
cruza el jardín

HOMBRES. Y abre la puerta
del camarín.

MUJERES. Y dice un curioso
que acecha al traidor
que se oyen muy dulces
arrullos de amor.

HOMBRES. Pues yo no he pasado
jamás por allí.

MUJERES. De mí no se puede
dudar.
HOMBRES. Ni de mí.
MUJERES. Jamás fuí curiosa.
HOMBRES. Tampoco lo soy.
MUJERES. Ni atiendo ni escucho.
HOMBRES. Ni vengo ni voy.
MUJERES. Pero es que me guía
el odio al pecado.
HOMBRES. Yo le tengo rabia
por desvergonzado,
y porque ha rendido
tan firme baluarte,
y porque...
MUJERES. Más bajo,
que puede escucharte.
HOMBRES. Callemos ahora.
MUJERES. Hasta otra ocasión.
HOMBRES. Salgamos.
MUJERES. Salgamos.
HOMBRES. Silencio.
MUJERES. Chitón. (Vanse.)

ESCENA V

PAJES 1.° Y 2.°, que salen por el fondo.

Hablado.

PAJE 2.° Murmuraban.
PAJE 1.° Es costumbre;
¿quién pone freno á las lenguas
Aquí, desde que hubo causa,
murmuran hasta las piedras.
PAJE 2.° Siento no tener la culpa.
PAJE 1.° Digo lo mismo.
PAJE 2.° ¡Es tan bella
doña Isabel, que enamora
mirando!
PAJE 1.° ¿Á quién se lo cuentas?
Daría yo, por ser Mendo,
tesoros, si los tuviera.

PAJE 2.° ¿También le envidias?
PAJE 1.° ¿Yo? Tanto,
que ansío que el conde vuelva.
PAJE 2.° Y yo.
PAJE 1.° Para que le arroje
por el muro de cabeza.
PAJE 2.° Y á ella tras él.
PAJE 1.° No; bastara
que la venganza pusiera
en mis manos. ¡Ya verías
lo que iba yo á hacer con ella!

ESCENA VI

DICHOS, MENDO

MENDO. Sé lo que harías. Lo mismo
que ahora. Tener... paciencia.
PAJE 2.° ¡Mendo!
PAJE 1.° ¿Escuchabas?
MENDO. Oficio
de pajes.
PAJE 1.° ¿Y la condesa?
MENDO. Aquí me mandó esperarla
solo. Y para obedecerla...
(Hace señas de que se marchen.)
LOS DOS. ¿Qué?
MENDO. Por lo visto, no quiere
hablarme en vuestra presencia.
PAJE 2.° ¡Bribón!
PAJE 1.° La verdad, no entiendo
que á nosotros te prefiera.
No tienes mi gallardía.
PAJE 2.° No tienes mi gentileza.
PAJE 1.° Ni mis bríos.
PAJE 2.° Ni mi audacia.
MENDO. Pero se conoce que ella
tiene mal gusto.
PAJE 2.° Bien claro
se ve.
MENDO. ¿Lo creéis de veras?

¡Imbéciles!

PAJE 1.° ¡Mendo!

MENDO. ¡Basta!
Si ella es altiva y soberbia,
yo también; si ella es de fuego,
yo también, porque me queman
sus ojos; si estalla en ira
como tempestad violenta
que al áspero monte arranca
de cuajo robles y peñas,
yo también, cuando me empuja
la pasión, soy la centella
que prende fuego á los bosques
y enciende en llamas la sierra.
Si ella huracán, yo torrente;
si ella volcán, yo tormenta;
si ella abrasadora chispa.
yo devastadora hoguera...
Conque ya veis, criaturas
débiles como doncellas,
que el amor que á mí me tiene
no es posible que os lo tenga.

PAJE 1.° ¿Y si el conde retornara?

MENDO. Pocos vuelven de la guerra.
Los moros tienen alfanjes
y cortan muchas cabezas.

PAJE 2.° El señor es muy valiente.

PAJE 1.° Y será de los que vuelvan.

MENDO. Y ¿qué importa? Moriremos
felices. ¡Chist! La condesa.

(Vanse los pajes y sale Isabel por la izquierda.)

ESCENA VII

MENDO, DOÑA ISABEL

Música.

MENDO. ¡Isabel del alma!

ISABEL. ¡Mendo idolatrado!

MENDO. No sé lo que siento
llegándome á ti.

ISABEL. Por Dios, no te acerques.

MENDO. Todos se han marchado;
déjame.
ISABEL. Prudencia;
no quiero.
MENDO. Yo sí.
ISABEL. Yo tiemblo.
MENDO. No temas.
ISABEL. ¡Déjame,
que todos me espían!
MENDO. Dichosos amores
los que desconfían.
Dulce es el misterio.
ISABEL. ¿Y si nos sorprenden?
MENDO. Las dificultades
el deseo encienden.
ISABEL. Pero entre nosotros
se alza una muralla.
MENDO. Demos el asalto,
demos la batalla.
ISABEL. No te acerques, quita.
MENDO. No soy quien se atreve
El amor me ciega,
la pasión me arrastra,
voy donde me lleve.
ISABEL. Si ya sabes, mi bien, que deseo
mirarme en tus ojos
tranquila y dichosa;
pero el pecho, al mirarte, me oprime
la angustia espantosa.
En el fuego de amor que te abrasa
también yo me quemo;
pero al verte no sé qué me pasa,
que dudo y que temo.
MENDO. Es el lazo, mi bien, que nos une
tan duro y tan fuerte,
que tan sólo quitarlo ó romperlo
podría la muerte.
Y tan recias argollas me forman
al cuello tus brazos,
que, al quebrarlas, también quebrarías
el alma en pedazos.
Y tal me embeleso
y tanto te adoro,
que, á ser sarracena,

tornárame moro.

ISABEL. Pues soy tan esclava
de amor tan tirano,
que yo soy cristiana
porque eres cristiano.

MENDO. Desecha temores
y acércate en calma;
que asome á tus ojos
la luz de tu alma,
y estrecha mis manos
y mírame así...
más...
más...
¡más!
¡Y toma mi vida,
porque es para ti!

ISABEL. Por Dios, espera.

MENDO. Detente, calla.
Voy al asalto
de la muralla.
¡Isabel querida!

ISABEL. ¡Mendo idolatrado!

MENDO. ¡No sé lo que siento!

ISABEL. ¡Márchate, por Dios!

MENDO. Deja que me acerque.

ISABEL. Vete de mi lado.

MENDO. Tengamos un alma.

ISABEL. ¡Una de los dos!

MENDO. ¡Abrázame!

ISABEL. ¡Quita!

MENDO. ¡Escúchame!

ISABEL. ¡Tente,
que tuya mi alma
será eternamente!
¡Siempre!

MENDO. ¡Siempre!

ISABEL. ¡Siempre!

LOS DOS. ¡Siempre!

Hablado.

ISABEL. Siento miedo, amor mío.

MENDO. De mis brazos

nadie podrá arrancarte. Nada temas.

ISABEL. En mi delirio aparecidos veo.

MENDO. ¡Tal vez tu esposo!

ISABEL. El mismo, que se acerca
con su mesnada victoriosa. En sueños
oigo el piafar de su corcel de guerra,
y después, del rastrillo que desciende
el confuso rumor de las cadenas...
Le veo entrar furioso, sorprendernos
juntos aquí ..

FERRÁN (Saliendo por la derecha.) Señora, el conde llega.

ESCENA VIII

DOÑA ISABEL, MENDO, FERRÁN; luego ALVAR ORTIZ y MESNADEROS; después PAJES, DUEÑAS, DONCELLAS y ESCUDEROS.

ISABEL. ¡Ay!

MENDO. Esperad.

ISABEL. ¡Huyamos!

FERRÁN. No se puede;
ya los soldados este sitio cercan.

MENDO. (¡El diablo no le envía más á tiempo!)
(Salen el conde y los mesnaderos.)

FERRÁN. Ahí los tenéis, señor. Ved otra prueba.

ALVAR. ¿Qué hacéis que no llegáis á darme albricias?
¿Por qué lloráis, señora, y Mendo tiembla?

MENDO. ¡Yo no!

ALVAR. ¡Calla, villano, que tu crimen
ponga mordaza á la traidora lengua!
¿Conque es verdad que mientras peleaba
vuestro dueño y señor en otras tierras,
aquí vosotros... Pero ¡á qué pregunto,
si á voces vuestro miedo me contesta!

ISABEL. Perdón; estaba sola.

ALVAR. ¡Y se asustaba
la infeliz de los duendes! ¡Hola, vengan
pajes, doncellas, escuderos! Pronto,
que se me va acabando la paciencia.
(Salen todos.)
Ferrán, acerca el vino. (Sale Ferrán y vuelve

con una bandeja y dos copas. El conde se dirige á doña Isabel y la dice aparte.) La perjura,
que así la honra de su esposo afrenta
¿qué merece?

ISABEL. La muerte.

ALVAR. Pues la traigo.
(A Mendo.) El vil que de las sombras se aprovecha
para herir al señor con un cuchillo
¿qué merece?

MENDO. La muerte.

ALVAR. Enhorabuena.
(Echa el veneno en los vasos.)
Pues bebed por el triunfo de mis armas
juntos los dos. Ferrán, dales que beban.

ISABEL. Es veneno, amor mío.

MENDO. Sí; más pronto
no se puede acabar una leyenda.
(Beben los dos, y enseguida se separan y van á caer en dos sillones, gesticulando como si sufrieran espantosamente. Pajes y doncellas corren despavoridos á auxiliarlos.)

ISABEL. ¡Oh, me abraso!

MENDO. ¡Qué horrible sufrimiento!

ISABEL. ¡Dadme agua por favor!

ALVAR. ¡Al que se mueva
le hago también brindar por mis victorias!
(Todos se detienen. Pausa.)
Todo acabó. Vacía está la tierra
ya para mí. Ferrán, que nos entierren
allá abajo, en la cripta de la iglesia.

FERRÁN. ¿Que vais á hacer, señor?

ALVAR. Seguirlos. ¡Quiero
que ni en la tumba más sosiego tengan!
(Apura el contenido del pomo que conserva en la mano y cae en brazos de Ferrán. Barullo en la escena. Todos se atropellan, gritan y corren, queriendo á la vez prestar auxilio á los tres envenenados.)

DONCE. ¡Favor!

ESCUDER. ¡Socorro!

PAJES. ¡Auxilio!

FERRÁN. No; ya es tarde.
¡Sus designios cumplió la Providencia!
(Cuadro plástico que se deja á gusto del director de escena y mutación.)

CUADRO TERCERO

Cercanías del castillo feudal.

ESCENA IX

PAJES, MESNADEROS, SOLDADOS, HOMBRES
Y MUJERES DEL PUEBLO

Música.

(Inmediatamente que se hace la mutación, sale el coro de doncellas escuderos, pajes, aldeanos, etc., y forman grupos en el primer término. Por detrás de estos grupos empieza poco después el desfile, del cortejo fúnebre, que debe presentarse con la mayor riqueza y lucimiento posibles. Marchan heraldos, clarines, mesnaderos, etc. Después cuatro soldados conducen en hombros en unas parihuelas el cuerpo del conde Alvar Ortiz, con armadura completa á ser posible, cubierto de paños y con el mandoble encima. Siguen algunos pajecillos conduciendo el casco y las armas del muerto, y, por último, más pajes, escuderos y la mesnada entera)

MUJERES. ¡Qué muerte la del conde!
¡Qué horrible muerte!
HOMBRES. Ha vuelto de la guerra
con poca suerte.
TODOS. Muriendo con su esposa
y el vil traidor,
quiso tomar venganza
del deshonor.
MUJERES. Fué muy noble.
HOMBRES. Fué valiente.
TODOS. A los moros hizo huir,
y de su mesnada al frente
fué un león al combatir.
MUJERES. Amparaba á sus vasallos.
HOMMRES. No pecaba de cruel.
TODOS. No pecaba de cruel.
¡Ji, ji, ji, ji, ji!

MUJERES. De seguro está en el cielo.
HOMBRES. Requiescat in pace, amén.
TODOS. Requiescat in pace, amén.
¡Qué muerte la del conde! (etc.)
HOMBRES. Vengando su honra,
murió con veneno.
MUJERES. Matando á la ingrata,
matando al traidor.
¡Ji, ji, ji, ji, ji!
HOMBRES. Y no había un conde
más noble y más bueno.
MUJERES. Y no hay en el mundo
un hombre mejor.
Contento la mano
tendía al mendigo,
del pobre era hermano
por su caridad,
pues era, y no en vano,
de todos amigo
por ser buen cristiano
y por su bondad.
HOMBRES. Contento la mano (etc.).
TODOS. Que el Señor le recoja en su seno
y su amparo nos dé desde allí,
y la Virgen le premie lo bueno
que fué para mí.
Hoy es día de pésame y duelo;
por el conde recemos á Dios,
que de fijo estará desde el cielo
rezando por nos.
MUJERES. ¡Qué muerte la del conde!
¡qué horrible muerte!
HOMBRES. Ha vuelto de la guerra
con poca suerte.
TODOS. ¡Qué muerte la del conde! (etc.).

(Vanse llorando.—Mutación.)

CUADRO CUARTO

Música.

(Cae junto al de boca un telón alegórico á gusto del píntor, con una gran abertura circular en el centro, cubierta con una cortina. Al descorrerse ésta oportunamente, por esta abertura desfilan otros cinco telones, también oon alegorías, representando sucesivamente los siglos XV, XVI, XVII, XVIII y XIX. Lo más conveniente, para que el público se entere del todo, es que en el centro de cada alegoría, aprovechando el detalle más saliente de ésta, se escriban con caracteres muy grandes palabras y números, y que además cada siglo esté representado por un tipo saliente y algún monumento notable de cada época. En el estreno representaban el siglo XV Isabel la Católica y las carabelas de Colón, el XVI Felipe II y el Escorial, el XVII Velázquez y distintos atributos de la pintura, el XVIII Carlos III y la Puerta de Alcalá, y el XIX un guardia civil en traje de gala, una gran fábrica y un tranvía eléctrico. Por cierto, y aprovecho esta ocasión para decirlo, que el notabilísimo pintor Amalio Fernández demostró en estos telones su talento y su actividad, haciendo cinco preciosos cuadros en veinticuatro horas. Al terminar la música se hace la mutación.)

CUADRO QUINTO

Sala en la casa ayuntamiento de una aldea, bancos y mesa con recado de escribir, campanilla, etc.

ESCENA X

EL ALCALDE, EL SECRETARIO,
CONCEJALES 1.°, 2.° Y 3.°

Hablado.

(Al hacerse la mutación se oyen voces de los concejales pidiendo la palabra y promoviendo alboroto, que procura cortar el alcalde agitando la campanilla.)

ALCALDE. ¡Na, que no hay palabra! Que si empezamos toos á hablar esto va á paecerse al Congreso de los diputaos, y perdonen ustés esta comparación ofensiva... pa el ayuntamiento.

CONC. 2.° Vamos á votar y que decida la mayoría.

ALCALDE. ¿Pa qué, si la mayoría soy yo solo?

CONC. 3.° ¡Usté se quié quedar con nosotros, señor alcalde!

CONC. 1.° ¡Pido la palabra!

ALCALDE. ¡Que no hay palabra, cuerno! Y ahora vamos á tratar de lo que hay que hacer con ese fantasma que anda por el monte vestido talmente como los que azotaron á Cristo.

CONC. 1.° Yo creo que lo primero es averiguar si es, como icen, ese conde que estaba enterrao en el castillo hace quinientos años.

ALCALDE. ¡Qué bruto es usté, hombre! ¿Ahora nos

viene usté á una sesión solene á hablar de almas en pena?

CONC. 1.° Yo digo lo que dicen.

ALCALDE. Güeno, pues pa hacer las cosas con legalidá, que vaya el secretario al archivo á ver si hay algún documento respetive al caso.

SECRETAR. Voy en seguida. (Vase por la izquierda.)

ALCALDE. Y entretanto nosotros debemos pensar en el castigo que hay que poner al duende en cuanto se le coja.

CONC. 2.° Si se le coge.

ALCALDE. ¡Pues no se le ha de coger! ¡En cuanto yo le eche la vista encima!

CONC. 3.° Yo creo que bastará una multa.

CONC. 1.° ¡Qué multa, hombre, si ha cometío un delito!

ALCALDE. ¡Dos, dos delitos! Uno de usurpación de estao civil porque no es el conde y quié parecer el conde pa asustar á las mozas, y otro de ataques á la moral por andar vestío de esa manera.

CONC. 1.° Pues entonces... ¡pena de muerte!

ALCALDE. ¡Dos! Dos penas de muerte, una por ca delito, como hace la justicia. De moo que quedamos en que son dos penas de muerte y un día.

CONC. 2.° ¿Y pa qué es el día?

ALCALDE. ¡Toma! Pa darle tiempo á que vuelva en sí de la primera.

ESCENA XI

DICHOS, ALVAR ORTIZ

ALVAR. (Apareciendo por la derecha.) ¡Ah de la casa!

(Todos se asustan y hacen la escena entera exagerando extraordinariamente el miedo.)

ALCALDE. ¡El fantasma!

TODOS. ¡Socorro! ¡Vecinos!... ¡Ladrones!...

ALCALDE. Que yo no he sío, buen hombre, ¡que ha sío éste!

CONC. 1.° Mentira... ha sido... ¡ha sido el secretario!
CONC. 2.° Eso, el secretario
ALVAR. ¡Villanos, no tembléis! ¿Vive todavía en esta casa Ferrán, el escudero?
ALCALDE. No, señor.
CONC. 1.° Diga usté que sí.
ALCALDE. Digo, sí; aquí vive el señor Ferrán.
ALVAR. Pues id y decidle que su señor le espera.
CONC. 1.° Vamos.
ALCALDE. Sí, señor... ¡ya lo creo que vamos!
ALVAR. ¡Hum!...

(Vanse el alcalde y los concejales temblando y tropezando unos con otros.)

ESCENA XII

ALVAR ORTIZ. Al fin EL SECRETARIO

ALVAR. ¿Por qué se espantan á mi vista todos?
¿Por qué á todos asusta mi presencia?
Bebí la droga de la infame bruja,
que, ganada tal vez por la condesa,
no un veneno me dió, sino el beleño
que en el letargo sume y vida deja.
Me desperté en la tumba, alcé la losa,
loco por el terror salté á la cueva;
los sepulcros del paje y de la ingrata
vi vacíos también... ¿Dónde se encuentran?
A buscarlos salí y hallé la entrada
tapada por peñascos y malezas,
y ya fuera, ¡oh asombro! del castillo
no me han dejado piedra sobre piedra.
¿Cuánto tiempo dormí? ¿Días ó años?
¿El moro derribó la fortaleza?
¿Quiénes son estos hombres, que se asombran
cuando los llamo y espantados tiemblan?
¡Al rey iré á buscar! Si ya no tengo
mesnadas, seré arquero en sus banderas.
Alguno viene. (Se retira á segundo término.)
SECRETAR. (Saliendo izquierda.) Allí no hay más papeles

que éstos. (Alvar le da un golpe en el hombro.)
¡Ay!

ALVAR. No te vas.

SECRETAR. (Cayendo de rodillas.) ¡El alma en pena!
Yo te diré una misa. ¡Huye. demonio!
(Haciendo la cruz.)

ALVAR. ¿Me tomas por el diablo? ¡Pues espera!
(Se arroja sobre él, el secretario se levanta precipitadamente y huye por la izquierda despavorido y chillando. El conde le sigue furioso.)

Mutación.

CUADRO SEXTO

Calle de Madrid.

ESCENA XIII

ALVAR ORTIZ

Hay en la orquesta algunos compases de la marcha del primer cuadro. Cuando terminan sale el conde por la izquierda, mirando con asombro á todas partes.)

ALVAR. Esta la corte debe ser. Mas ¿cómo
no hallo soldados? ¡Hola, centinelas!
(Vase por la derecha.)

ESCENA XIV

PEPE, REMIGIO, por la izquierda.

REMIGIO. ¿Es aquí donde han dicho?
PEPE. Mismamente.
REMIGIO. ¿Á qué hora?
PEPE. Entre cuatro y cuatro y media.
REMIGIO. Pues no deben tardar.
PEPE ¿Tú tienes prisa?
REMIGIO. ¿Sabes si viene la señá Indalecia?
PEPE. Si tié que acompañar á las muchachas,
¿qué hacer sinó venir?
REMIGIO. Pues me molesta;
porque es una mujer la mar de ansiosa
que en dos bocaos se traga la merienda
y no deja ni raspas; y que... vamos,
no está bien hecho que las madres vengan
de broma, porque azaran á las chicas
y tién que ser formales á la fuerza.

Y con gente formal ¿quién se divierte?
¡No hay libertá de ación!

PEPE. ¡Claro!

REMIGIO. ¡Chist! Ellas.

(Salen por la izquierda Lolilla y Tecla y detrás la señá Indalecia y Lucio.)

ESCENA XV

DICHOS, LUCIO, LA SEÑÁ INDALECIA, LOLILLA, TECLA

PEPE. ¡Gracias á Dios!

INDALEC. Sí que es un poco tarde;
pero primero que se avían éstas
pa dir de reunión...

REMIGIO. ¡Como que tienen
que lavarse!

LOLA. (Acercándose á él.) Oyes, tú; si te chuleas,
lo dices.

INDALEC. ¡Arrastrao! ¡Pué que entoavía
nos venga á poner faltas!

PEPE. Miste, abuela,
no empecemos.

TECLA. Tú callas.

REMIGIO. ¡Está visto!
no pué decir un hombre una fineza.

LOLA. (A Remigio.) Es que á mí no me falta ningún golf

TECLA. (A Pepe.) Es que á mí no me sobra ningún pelı

INDALEC. ¡Es que Lola es más limpia que la plata!

REMIGIO. Meneses.

PEPE. (Á Tecla.) Es que á ratos me revientas.

LUCIO. Pero ¿qué va á ser esto? ¡Caballeros!
¡Señoras! Haiga paz y haiga prudencia.
Si al salir del portal, como quien dice,
sus llenáis de diterios, ¿qué se deja
pa después de comer? ¡Andar pa alante!

PEPE. ¿Quiés el brazo?

REMIGIO. Aquí tienes una percha.

(Se forman tres parejas y hacen medio mutis por la izquierda.)

INDALEC. ¡Quietas, chicas! Ahora que me acuerdo,

¿quién va á pagar lo que se tome?

REMIGIO. ¡Arrea!
¿Ahí estamos? Pues Lucio, que convida.

LUCIO. Pero ¡qué poca educación! Vergüenza
da que saquéis á colación el pago,
siendo toos, como semos, gente rezta,
y yendo una persona tan decente
como fué siempre la señá Indalecia.

INDALEC. ¿Y pa eso has convidao á estos granujas?

LUCIO. Yo les he convidao en nombre de éstas,
y siendo usté su madre, me parece...

INDALEC. ¿Sí? Pues te limpias. Chicas, ¡media vuelta!

LUCIO. Oiga usté. (Deteniéndola.)

PEPE. Ven acá (Idem á Tecla.)

REMIGIO. (Idem á Lola.) ¿Qué va á ser esto?

INDALEC. Vete mucho con Dios

TECLA. Déjame.

LOLA. ¡Suelta!

LUCIO. Que usté paga esta tarde.

INDALEC. Que te alivies.

REMIGIO. Y que á nosotros naide nos desprecia.

PEPE. Porque somos los tres tres caballeros.

LOLA. Tres pillos.

TECLA. Tres granujas.

INDALEC. ¡Tres boceras.

REMIGIO. ¡Miá que te doy!

PEPE. ¡Que te santiguo!

LUCIO. Vaya,
que se me está acabando la paciencia.
¿Vienen ustés ú no?

INDALEC. Chicas, á casa.

REMIGIO. Pues llévate eso. (Pegando una bofetada á Lola.)

PEPE. ¡Toma! (Idem á Tecla.)

INDALEC. (A Lucio, que la amenaza.) ¿A que me pega?

(Sale rápidamente el conde; los que riñen se asombran al verle y se dividen en dos grupos, las mujeres á la derecha y los hombres á la izquierda, de modo que la figura de Alvar Ruiz quede aislada en el centro.)

ESCENA XVI

DICHOS, ALVAR ORTIZ

ALVAR. ¡Canalla vil! Ante las damas pronto
caed de hinojos, ó lo haréis por fuerza.
REMIGIO. ¡Anda Dios, una máscara!
INDALEC. ¿Qué es esto?
LOLA. Se ha escapao del teatro.
PEPE. Ú de la feria.
ALVAR. Pero ¿en qué tierra estoy? ¿Esto es Castilla?
¿Y aquí los hombres alzan á las hembras
airado el puño? ¡De rodillas dije!
REMIGIO. Que va de veras, tú.
LUCIO. ¡Que ha de ir de veras!
Si es Nicasio el cantero, me parece.
(Se acerca confiadamente al conde.)
Vamos, hombre, ú te quitas la careta,
ú te doy un mamporro en las narices.
ALVAR. ¡Atrás, villano!
LUCIO. (Retrocediendo asustado.) ¡No es Nicasio!
REMIGIO. ¡Ea!
pues esto se ha acabao. ¡Los alfileres!
(Los tres chulos sacan las navajas.)
ALVAR. ¿Os atrevéis? (Desnuda el mandoble.)
LOLA. ¡Remigio, no te pierdas!
LUCIO. ¡Todos á él!
LOLA. ¡Socorro!
TECLA. ¡Que se matan!
INDALECIA. ¡Guardias!
(Huyen las mujeres chillando exageradamente.)
LUCIO. ¡Rediez! ¡Que tira á la cabeza!
(Vanse todos menos el conde después de una breve lucha. Las mujeres siguen gritando lejos.)

ESCENA XVII

ALVAR ORTIZ, luego GUARDIAS 1.º Y 2.º

ALVAR. ¡Mío el campo quedó! ¡Cielos! ¿Qué seres
tan extraños son éstos que se acercan?
(Salen los guardias precipitadamente por la izquierda.)

GUAR. 1.º ¿Quién pide auxilio?
ALVAR. Nadie.
GUAR. 2.º ¿Quién gritaba?
ALVAR. Esos que huyeron.
GUAR. 1.º ¿Quién armó la gresca?
GUAR. 2.º ¿Por qué se viste usté de mamarracho
no estando en Carnaval?
GUAR. 1.º No te contesta.
GUAR. 2.º Véngase con nosotros.
ALVAR. ¡Eh! Ya basta,
que estoy cansado de preguntas necias.
¿Sois pecheros quizás?
GUAR. 2.º Tú, que si somos
pecheros.
GUAR. 1.º Tú sabrás. Yo soy de Cuenca,
ALVAR. Pues si vasallos sois del rey cristiano,
conducidme del rey hasta la tienda.
GUAR. 1.º ¿A la tienda del rey? (Este esté loco.
GUAR. 2.º Llévale la corriente.)
GUAR. 1.º Bien, pues venga
el señor con nosotros al comercio
donde su majestad vende las telas.
ALVAR. Prevenid los clarines.
GUAR. 1.º ¡Esa es otra!
¿Pa qué?
ALVAR. Para que anuncien mi presencia.
GUAR. 2.º Póngase entre los dos.
ALVAR. ¿Yo entre plebeyos?
¡Vive Dios!
GUAR. 1.º (Este tío nos estrella.
GUAR. 2.º Anda, á la prevención, y allí le amansan.)
(Vanse por la izquierda haciendo señas al conde para que les siga.)
ALVAR. ¡Al fin el rey escuchará mis quejas!
(Vase tras ellos.)

Mutación.

CUADRO SÉPTIMO

Cárcel, puerta del foro cerrada.

ESCENA XVIII

ALVAR ORTIZ

ALVAR (dentro.) ¡Traidores! ¡Venga mi espada!
¿Dónde voy? ¿Dónde me llevan?
(Entra empujado por los guardias por la puerta del foro, que se cierra violentamente.
¡Ah! ¿Qué es esto? ¡Otra mazmorra!
Estos hombres que me encierran
¿son secuaces de los moros
ó espías de la condesa?
Cuando mis cadenas rompa,
haré que vengue la ofensa
no el filtro, sino la daga
que va al corazón derecha.
¡Abren! Vendrán á buscarme
para el suplicio. ¡Que vengan!
(Vuélvese á abrir la puerta, y los guardias empujan á D. Nicolás, viejo verde, con gabán y sombrero de copa, ambas prendas en mediano estado.)

ESCENA XIX

ALVAR ORTIZ, DON NICOLÁS

NICOLÁS. Buenas noches. ¡Uy, un bicho!
ALVAR. ¿Quién en la estancia penetra?
NICOLÁS. Servidor. ¿Está usté bueno?
ALVAR. ¿Quién eres?
NICOLÁS. ¡Y me tutea!

Es de confianza.

ALVAR. ¡Pronto!

NICOLÁS. Un compañero de celda
por esta noche.

ALVAR. ¿Te envía
Abderramán?

NICOLÁS. ¿Cómo? (¡Aprieta!)

ALVAR. Responde presto.

NICOLÁS. (Es un loco.
¡Valiente noche me espera!)
Bien, pero ¿quién lo pregunta?

ALVAR. Alvar Ortiz de Higueruela.

NICOLÁS. Pues oye, Higueruela.

ALVAR. ¿Cómo?
Tengo castillos y tierras...

NICOLÁS. Bueno, que de salud sirvan.
Pero... ¿aquí va á haber franqueza?

ALVAR. Noble soy.

NICOLÁS. Pues dí conmigo:
¡viva el ministro de Hacienda!

ALVAR. Eres loco.

NICOLÁS. No; borracho
nada más. Vengo de juerga
con mujeres. ¡Ay, compadre,
qué mujeres! ¡Si las vieras!

ALVAR. Las aborrezco.

NICOLÁS. Mal hecho;
valen más oro que pesan.
¿Conoces tú á la Ecijana?

ALVAR. No.

NICOLÁS. Pues es una morena
que tira de espaldas, chico.
Hoy he comido con ella.

ALVAR. ¡Comiste! Yo hace tres días
que no como.

NICOLÁS. Pues merienda
no traigo; pero un chupito
sí. (Saca una botella chica.)

ALVAR. ¿Qué es eso?

NICOLÁS. Una botella
de coñac. Un astringente
superior. ¿Tú quieres?

ALVAR. Venga.

NICOLÁS. Pero ¡ojo! porque se sube

en seguida á la cabeza. (Bebe el conde.)
¿Eh, qué tal?

ALVAR. Siento aquí dentro
un calor...

NICOLÁS. ¿Que si calienta?
Antes de cinco minutos
te arrancas por peteneras.

ALVAR. ¿Tú cómo te llamas?

NICOLÁS. ¿Yo?
Nicolás; pero en las Ventas
y en los Viveros me llaman
Colasín.

ALVAR. ¿Tienes prudencia?

NICOLÁS. Soy un besugo.

ALVAR. Pues oye
una duda que me quema.
Yo creo que no estoy vivo.

NICOLÁS. ¿Que no? Pues mira, no bebas;
porque eso hace mucho daño
á los difuntos.

ALVAR. No; deja. (Vuelve á beber
Yo no sé lo que me pasa.

NICOLÁS. Yo sí lo sé; que la pescas.

ALVAR. He sido enterrado el año
mil cuatrocientos cincuenta.

NICOLÁS. Compadre, pues ha llovido
bastante desde esa fecha.
¡Más de cuatro siglos!

ALVAR. ¡Cómo
¡Aquella maldita vieja
robó al diablo el bebedizo
que así los cuerpos conserva

NICOLÁS. Ortiz... ¡acuéstate!

ALVAR. ¿Dudas?

NICOLÁS. ¡Qué he de dudar! Tengo pruebas
de que eso es fácil. Conozco
un paje y una condesa
de ese siglo que hace un año
despertaron.

ALVAR. ¡Cielos! ¡Ella! (Bebe otra vez.)
¿Se llama Isabel?

NICOLÁS. Se llama
Mademoiselle Valeria.

ALVAR. Y el paje ¿se llama Mendo?

NICOLÁS. No; si acaso será Menda.
ALVAR. Tú ¿por qué sabes su historia?
NICOLÁS. Porque estuvimos de juerga
y me la contaron ellos.
Han dormido en una cueva
quinientos años. Y viven
rodando de feria en feria
para ganar el sustento.
ALVAR. ¿Y dónde están?
NICOLÁS. Aquí cerca.
ALVAR. ¿Dónde?
NICOLÁS. En el salón *Charmant*.
ALVAR. Pues vámonos presto.
NICOLÁS. Espera;
yo te llevaré una noche.
Hay unas chicas francesas
que hacen así (Alzando la pierna.) y despampanan
á toda la concurrencia.
ALVAR. Pues salgamos. ¡Ah del muro!
NICOLÁS. No grites, que no nos sueltan.
ALVAR. Colasín.
NICOLÁS. ¿Qué quieres, Mendo?
ALVAR. Tú tienes un alma tierna.
NICOLÁS. Como un panecillo blando.
ALVAR. Por ti hallaré á la condesa
y quedará para siempre
mi venganza satisfecha...
Aunque quiero darte albricias,
me han quitado la escarcela
esos viles, y no tengo
nada.
NICOLÁS. ¿Ni cinco pesetas?
ALVAR. ¡Nada! Pero toma el casco
vencedor en cien peleas
y terror de los infieles.
NICOLÁS. Gracias, Mendo. Pues en prenda
de amistad, ahí va la bimba,
que ha rodado en cien tabernas
y ha caído humildemente
á los pies de cien doncellas.
(El conde se pone el sombrero y D. Nicolás el casco.)
ALVAR. A mis brazos. ¡Siempre amigos!
NICOLÁS. ¡Siempre! ¡Hasta la tumba fresca!
(Se abrazan.)

¡Viva la Constitución!
ALVAR. ¡Viva! ¡Muera el paje!
NICOLÁS. ¡Muera!...

ESCENA XX

DICHOS, EL INSPECTOR, LOS GUARDIAS

INSPEC. ¿Qué gente hay aquí?
GUAR. 1.° Esos dos.
INSPEC. Pues parecen dos docenas
por lo que gritan. A ver,
usté, el del casquete, venga
usté acá. ¿Cómo es su gracia?
NICOLÁS. Patosa. Por eso me echan
de todas partes.
INSPEC. El nombre.
NICOLÁS Nicolás Ruiz...
INSPEC. Bueno, etcétera.
¿Qué profesión?
NICOLÁS. Estudiante.
INSPEC. ¡Hombre! ¡Está bien! ¿Qué carrera?
NICOLÁS. La de acertar jeroglíficos.
INSPEC. Vaya, éstos están de queda.
Usté, máscara. Su nombre.
ALVAR. Alvar Ortiz de Higueruela,
con cuatro villas en feudo,
dos cazos y tres calderas.
INSPEC. ¿Cómo?
NICOLÁS. Que el señor es húngaro.
INSPEC. Pues está bien la pareja
de amílico. Y ¿á qué vamos
al juez con esta incumbencia?
Que les den el amoniaco
y que les abran la puerta. (Vase.)
GUAR. 1.° ¡Arsa! (Vanse también los guardias.)
NICOLÁS. Ortiz, no estamos presos.
ALVAR. Pues ¡sus, Santiago!...
NICOLÁS. ¡Y á ellas!

(Vanse cantando cogidos del brazo.—Mutación con música en la orquesta.)

CUADRO OCTAVO

Salón reservado muy elegante en un teatro de coupl-ts *ó café-concierto. Columnas, tapices, estatuas que sostienen las lámparas eléctricas, mesas y divanes. Puerta grande de entrada á la derecha.*

ESCENA XXI

ISABEL Y MENDO, la primera con un traje caprichoso y elegante y el segundo de media negra, calzón de seda y frac rojo, sentados junto al velador del centro, en primer término. LA BELLA RUIZ, de maja con chaquetilla y calañés, y QUILINO, de chulo *decente*, en el primer velador á la derecha. El primero de la izquierda está desocupado. MADEMOISELLE GAITÉ y otros cantantes y bailarinas y algunos excéntricos, todos con trajes vistosos y de buen gusto y lo más variados posible, están sentados en segundo y tercer término ó pululan entre los grupos de parroquianos. UNA CAMARERA hace el servicio. En todo este cuadro ha de haber mucho movimiento, mucha luz y mucha alegría. Se suplica al director de escena que cuide la distribución de las figuras, sobre todo en los momentos en que todas intervengan en la acción.

QUILINO. Digas lo que quieras, este salón *Charmant* está imposible. Siempre hacéis lo mismo.

BELLA. Pues más soso está el salón Verde, porque allí los que llamaban la atención eran esos dos, y debutan aquí esta noche.

(Señalando á Isabel y Mendo. Una camarera se acerca al velador que éstos ocupan y deja sobre él una botella de champagne y dos copas.)

MENDO. Aquí está la botella. Bebamos por nuestro nuevo oficio.

ISABEL. ¡Quién había de decir que vendríamos á parar en esto!

QUILINO. (A la Bella Ruiz.) Yo les voy á decir que canten aquí algo.

BELLA. Quilino, no seas patarra.

QUILINO. Tú cállate. Verás. (Acercándose á Mendo é Isabel.) Con permiso.

MENDO. ¿Usted gusta?

QUILINO. Gracias. Yo quería pedirles á ustés un favor en nombre de toos los parroquianos.

MENDO. Usted dirá.

QUILINO. Que nos canten ustés un dúo de los suyos pa que lo conozcan estos señores antes que el público ordinario.

ISABEL. Pero ¡por Dios! ¿Aquí?

QUILINO. ¿Que tié de particular? A los concurrentes.) ¿Verdá, caballeros?

TODOS. ¡Sí, sí! ¡Que canten, que canten!

ISABEL. No hay más remedio.

MENDO. Pues vamos con el dúo del *champan*.

QUILINO. Eso; venga ese dúo.

(Isabel y Mendo se ponen de pie y cantan el dúo siguiente, bebiendo cuando sea preciso. Quilino vuelve á sentarse al lado de la Bella Ruiz.)

Música.

MENDO.
Yo me quito la pena
cuando me abruma
mojándome los labios
en esta espuma.
Que en sus hervores
lleva siempre la dicha
de los amores.
Bebe y brinda, bien mío,
siempre en mi vaso,
bebe hasta que te abrases
como me abraso.
Que ya no hay penas
cuando ésta hirviente lava
corre en las venas.

ISABEL.
Escondido en el pecho
tengo un tesoro.
Que mi dueño no sabe
cuánto le adoro,
pero mi dueño

hasta oculto en el alma
me quita el sueño.
Mas siempre que la pena
también me abruma,
hervorosa en su vaso
bebo la espuma,
me vuelvo loca
y el amor que le tengo
sale á la boca.

MENDO. Bebe, bien mío, bebe,
vuélvete loca,
que el amor que me tienes
salga á tu boca.
Bebe, bebe,
vuélvete loca,
que el amor que me tienes
salga á tu boca.

—

ISABEL. ¿Por qué se ha alborozado
mi corazón?

MENDO. Porque envuelta en el vino
va la pasión.

ISABEL. Las burbujas me dicen
¡qué buena eres!

MENDO. Porque te han conocido
cuánto me quieres.

ISABEL. El vino á los secretos
quita cerrojos.

MENDO. Hace que el alma entera
brille en los ojos.

ISABEL. El amor se me escapa.

MENDO. Bendito amor.

ISABEL. El fuego me consume.

MENDO. Dulce calor.

ISABEL. La sed no se me aplaca
porque es constante,
y si bebo esa espuma
centelleante
me vuelvo loca
y el amor que te tengo
sale á la boca.

MENDO. Bebe, bien mío, bebe,

vuélvete loca
y el amor que me tienes
salga á tu boca.
Bebe, bebe,
vuélvete loca,
y el amor que me tienes
salga á tu boca.
(Al concluir vanse los dos por el fondo.)

ESCENA XXII

DICHOS, menos ISABEL y MENDO; luego ALVAR ORTIZ, sin casco, ni espuelas, ni mandoble, y DON NICOLÁS, por la derecha.

Hablado.

QUILINO. Oyes, ¿estos dos son los que han resucitado al cabo de los años mil?
BELLA. Eso dicen.
QUILINO. Pues el sueño les ha sentao bien pa la garganta. (Salen el conde y D. Nicalás.) ¡Atiende el golpe! ¡Mia quién entra!
BELLA. ¡Jesús, qué esperpento! (Murmullos y risas entre los concurrentes.)
QUILINO. Debe de ser ese excéntrico inglés que iba á debutar y que dicen que tié mucha sombra.
ALVAR. Y esto, ¿qué es? (Mirando asombrado á todas partes.)
NICOLÁS. El *foyer*.
ALVAR. Sentémonos. (Lo hacen junto al primer velador de la izquierda.) No veo á Isabel.
NICOLÁS. Ya parecerá.
CAMAR. (Acercándose.) ¿Qué va á ser?
NICOLÁS. Para mí... anís del mono.
CAMAR. ¿Y usted? (Al conde.)
ALVAR. Eso también. (Medio mutis de la Camarera.) Oye, esclava, ¿no está aquí la condesa?
CAMAR. Aquí no hay ninguna.
NICOLÁS. No; si pregunta por Valeria.

CAMAR. ¡Ah! Está cantando en el salón con monsieur... ese que la acompaña.

ALVAR. (Iracundo.) ¡El paje! Escucha. ¿Sabes si antes se ha llamado Isabel?

CAMAR. No sé; pregúnteselo usté á cualquiera de esas señoritas, que pué que lo sepan. Voy á avisar á una. (Se acerca á Mad. Gaité, la habla bajo, y luego vuelven juntas al velador que ocupan D. Nicolás y el conde.)

ALVAR. ¡Ah! ¿Se puede hablarlas?

NICOLÁS. Ya lo creo; como que por los diez reales tenemos derecho á que nos den conversación.

GAITÉ. (Sentándose entre los dos con mucho desparpajo.) Bon soir, messieurs.

ALVAR. No la entiendo.

NICOLÁS. Es que saluda.

GAITÉ. (A la Camarera.) Un bock. (La Camarera lo sirve.)

BELLA ¿Ves? Estas francesas en seguida se arriman para que las conviden.

QUILINO. Por eso me gusta á mí España. Porque somos los hombres los que nos arrimamos y vosotras pagáis.

GAITÉ. (Tomando la cerveza.) D'ù êtes-vous venus?

ALVAR. ¿Qué dice?

GAITÉ. D'où venez vous?

ALVAR. ¡Nos llama bu!

NICOLÁS. No es nada. Es una broma para asustarnos.

GAITÉ. (Levantándose.) Je vais chanter, si vous plait.

NICOLÁS. Que se va á cantar. Oiga usté, madame: como este amigo viene así, vestido de tela metálica, no podemos entrar en el salón. ¿Sería usté tan amable que nos cantara aquí algo para nosotros solos, como si lo ensayara?

GAITÉ. Avec plaisir.

NICOLÁS. Pues muchas gracias.

GAITÉ. Apresent.

BELLA. ¡No la entiendo nada!

GAITÉ Commence.

(Se levantan los tres y Mlle. Gaité canta el *couplet* entre los dos, que hacen los aspavientos propios de la situación y el carácter de cada uno.)

Música.

GAITÉ. ¡Ah, ma petite grissette!
¡Ah, mon petit enfant!
Fait moi le petit chien,
fait moi le petit chat.
¡Voilá, messieurs!
Guá, guá,
guá, guá.
Miaú,
miaú...
¡Mimí!
¡Gurugurugurug

QUILINO. (Levantándose y dando algunos pasos hacia ellos.) Esta no va á ninguna parte más que conmigo, pimpis.

ALVAR. (Muy asombrado.) ¡Pimpis!

NICOLÀS. Habla como esa que se ha ido.

BELLA. Déjame que vaya, Quilino, que es mi obligación.

QUILINO. Anda, pero... ¡acuérdate de que estoy yo aquí!

(Quilino vuelve á sentarse. La Bella Ruiz llega al lado del conde y D. Nicolás y se sienta también en la silla que ocupó Mlle. Gaité.)

BELLA. ¿Qué queríais ustedes?

NICOLÁS. Vamos, á ésta se la entiende.

ALVAR. Saber si una dama qpe aquí se llama Valeria se ha llamado antes Isabel.

BELLA. Ya sé por quién preguntáis ustedes. Por la condesa.

ALVAR. ¡La condesa! ¡Ella es! Y ¿dónde está esa dama?

BELLA. Pues aquí hace poco, pero se las najó con el gacholi que la acompaña.

ALVAR. ¡Najó! ¡Gacholi!... ¡Doncella!

CAMARERA. ¿Qué quiere usté?

ALVAR. Que venga otra, ¡voto á tal! que á esta no la entiendo tampoco.

QUILINO. Ha llegao la mía. (Acercándose á ellos.) Eso que hacen ustés está pero que muy mal hecho.

NICOLÁS. ¿Por qué?

QUILINO. Porque aquí cuando se llama á una artista se la convida. (A la Bella Ruiz.) ¡Arsa de ahí tú! (Ella se retira á segundo término y se confunde entre los grupos.) Y ahora les ha salío á ustés peor cuenta. (Se sienta en el lugar que ocupó la otra y dice á la camarera.) Trae una de Jerez, que pagará el señor, ó el señor. (La camarera lo sirve.)

ALVAR. ¡Ah! ¿Este mancebo está aquí para dar conversación también?

QUILINO. Yo estoy para lo que quiero. (Se levanta en son de desafío. El conde se abalanza á él furioso y al ir á descargar una bofetada se detiene sorprendido viendo aparecer en el fondo á Isabel y Mendo.)

ALVAR. ¡Cielos! ¿No me engañan los ojos? ¡Ella es!

NICOLÁS. ¿Quién?

ALVAR. ¡Mi esposa! ¡Por fin voy á vengarme! (Va á avanzar furioso. D. Nicolás le detiene.)

NICOLÁS. Calma, Ortiz, que volvemos á la prevención, como si lo estuviera viendo.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, MENDO, ISABEL

ISABEL. ¿Quién será ese hombre extravagante que nos anda buscando?

MENDO. Aquel, sin duda.

ISABEL. ¡Jesús! ¡El conde!

MENDO. Huyamos.

ISABEL. No; más vale afrontar el peligro. (Se adelanta al primer término serenamente.)

ALVAR. Venid, señora.

ISABEL. (Fingiendo tranquilidad.) Usted dirá.

ALVAR. ¿No me reconocéis?

ISABEL. No es fácil. No le he visto en mi vida.

ALVAR. ¡Mientes! (Todos los concurrentes al *foyer* se levantan y van aproximándose al primer término con curiosidad.) ¡Tú eres la infame que arrastró mi honor y vas á morir á mis manos! (Isabel retrocede asustada. El coro avanza más.)

MENDO. (Interponiéndose.) ¡Eh! ¡Caballero!

ALVAR. ¡Tú también! (Se dirige á ellos en actitud amenazadora.)

BELLA ¡Sujetadle! (Quilino y Nicolás le detienen.)

QUILINO. ¡Quieto!

TODOS. ¡Que se matan! ¡Socorro!

ISABEL. (A la gente que los rodea.) Pero si no nos conoce.

MENDO. (Idem.) No; ni le conocemos.

ALVAR. ¡Mentís, canalla! Tú eres la condesa Isabel y ése es Mendo, tu paje. A los dos os enterraron conmigo hace más de cuatrocientos años en la cripta de nuestro castillo. (Murmullos en el coro.)

QUILINO. ¡Atiza! (Haciendo señas de que el conde está loco.

ISABEL. (Separando á la gente y acercándose al conde.) ¿Cómo? ¿Qué dice usted? Yo conozco esa historia.

ALVAR. ¡Al fin!

ISABEL. Es la de nuestros padres, que se llamaban como usted dice. Creyendo envenenarse quedaron aletargados en el siglo quince y despertaron hace treinta años.

ALVAR. ¿Vuestros padres?

ISABEL. Sí; que murieron hace tiempo. Dicen que nos parecemos á ellos como dos gotas de agua.

ALVAR. ¡Cielos! ¿Dices verdad? De modo que vosotros... ¡sois hermanos!

MENDO. Hermanos. Cabalmente.

ALVAR. ¡Justo Dios! ¡Y me habéis dejado vivir para esto! ¡La muerte les libra de mi venganza.

Música (1).

ALVAR. Un noble deshonrado
vivir no puede
mientras de su deshonra
la huella quede.

NICOLÁS. Eso sería
cuando no había *troles*
en el tranvía.
¡Pum!

—

ALVAR. Los señores feudales
de horca y cuchillo
por la venganza pierden
feudo y castillo.

NICOLÁS. ¡Buena bobada!
Hoy se van á las Ventas
con la criada.
¡Pum!

—

ALVAR. Con armas y caballos
se hacen las guerras

(1) Véanse las coplas *de repuesto* al final del libro.

y á los moros infames
se ganan tierras.

NICOLÁS. Aquí no hay moros.
Si pone usté al caballo,
sale el as de oros.
¡Pum!

—

ALVAR. Si en la ausencia la dama
prefiere al paje,
se los cuelga en la torre
del homenaje.

NICOLÁS. ¡Anda, salero!
¡Palmatorias, velones
y candeleros!
¡Pum!

Hablado.

ALVAR. Nicolás, mi único amigo, ¡sígueme!

NICOLÁS. Voy en seguida. (Aparte á Isabel y Mendo.) Por supuesto, jóvenes de quinientos años, que á mí no me la dan ustedes.

MENDO. ¡Silencio!

NICOLÁS. Usté es la mismísima condesa y usté el propio paje.

ISABEL. Pero ¡por Dios! que no lo sepa nunca.

NICOLÁS. Soy una tapia.

MENDO. A no mentir, el conde hubiera tenido que matarnos, y esto hubiera acabado en tragedia.

ISABEL. ¿Y no es mejor que acabe en sainete?

ALVAR. ¡Escuderos! ¡Abrid la poterna!
(Al público.)
Sabedlo todos, nobles y pecheros,
hijosdalgos y siervos de la gleva.
¡La mujer que es infiel duerme diez siglos
y vuelve á ser infiel cuando despierta!
Ni el dogal, ni el veneno, ni la tumba
doman ni cambian la pasión funesta.
(Cambiando de tono.)
Y. . aquí acaba este absurdo disparate,
perdonad, por favor, las faltas nuestras.

Música y telón.

COPLAS

PARA LAS REPETICIONES DEL NÚMERO 8,
SI LAS HUBIERE

ALVAR. Almenas tiene el muro
de mi castillo,
y almenas en la torre
junto al rastrillo.
NICOLÁS. ¡Anda, morena!
¡Este sí que es el conde
de las Almenas!
¡Pum!

—

ALVAR. Las damas desdeñaban
á los galanes
diciendo: «No comparto
vuestros afanes.»
NICOLÁS. ¡Costumbre mala!
ahora sólo les dicen:
«¡Ahueca el ala!»
¡Pum!

—

ALVAR. Yo empuñando el mandoble
destruyo y rajo
y corto diez cabezas
de un solo tajo.
NICOLÁS. Esa no cuela.
¡Este es tan embustero
como Silvela!
¡Pum!

—

ALVAR. Va á las fiestas solemnes
un caballero
con el peto y el casco
de fino acero.

NICOLÁS. ¡Jesús qué porra!
Ahora no van de casco,
que van de gorra.
¡Pum!

—

ALVAR. Temiendo la rapiña
del enemigo
en hondos subterráneos
se guarda el trigo.
NICOLÁS. ¡Venga un abrazo!
que ésa es la gran noticia
para Gamazo.
¡Pum!

—

ALVAR. Se lucha en el torneo
por la hermosura
bajo el pesado hierro
de la armadura.
NICOLÁS. Eso era antes,
ahora ya no podemos
con los tirantes.
¡Pum!

—

ALVAR. El noble que á la guerra
va contra el moro,
enterrado en la cueva
deja el tesoro.
NICOLÁS. Hoy no se pierde,
que no hay riqueza oculta
con Villaverde.
¡Pum!

—

ALVAR. Luchan los caballeros
en la palestra
con el lanzón en ristre
ó espada en diestra.
NICOLÁS. Ahora no hay eso,
porque para zurrarse
van al Congreso.
¡Pum!

—

ALVAR. Un campeón forzudo
derriba un roble
y parte una coraza
con el mandoble.

NICOLÁS. Esos atletas
ya sólo dan sablazos
de á dos pesetas.
¡Pum!

—

ALVAR. Con escalas de seda
los trovadores
subían hasta el nido
de sus amores.

NICOLÁS. ¡Eso es lo malo!
Ya no se hacen escalas,
se hacen escalos.
¡Pum!

—

ALVAR. La nación se derrumba
por todas partes;
sólo pueden salvarla
mis estandartes.

NICOLÁS. Si se le deja,
va á decir el programa
de Polavieja.
¡Pum!

Nota.—Se deja á la discreción del director de cada compañía el orden con que han de cantarse las coplas, así como la selección de éstas atendiendo á la oportunidad y circunstancias de la población en que actúe, suplicándole encarecidamente que tenga cuidado con las que pudieran ofrecerle los aficionados al género, huyendo como del fuego de las alusiones personales no políticas, de las groserías é inmoralidades y de las frases de mal gusto.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Las modistillas, sainete en un acto y en verso.
El Grillo, periódico semanal, idem id. id.
La gente menuda, ídem íd. íd.
El baile de máscaras, ídem íd. íd.
Somatén, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.
La señá Condesa, juguete cómico en un acto y en verso.
La puerta del infierno, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Jiménez.
La moral casera, comedia en dos actos y en verso.
La lavandera, sainete en un acto y en verso.
Lucifer, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.
La obra, juguete cómico en un acto y en verso.
El gran mundo, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.
Paca la pantalonera, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Brull.
La revista nueva ó la tienda de comestibles, sátira en un acto, en prosa y verso, música de los maestros Chueca y Valverde.
La clase baja, revista en un acto y en verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Brull.
La baraja francesa, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.
La república de Chamba, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Jiménez.
Los pájaros fritos, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.
La casa encantada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.
El toque de rancho, zarzuela en un acto y en verso, música de los maestros Marqués y Estellés.
El ordinario de Villamojada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Valverde, hijo.
El murciélago alevoso, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Luis Ansorena, música del maestro Estellés.
El ama de llaves, juguete cómico en un acto y en verso.
La procesión cívica, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Marqués.
El aquelarre, zarzuela de espectáculo en un acto y en prosa, música del maestro Marqués.
Los inocentes, revista en un acto en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Estellés.
La madre abadesa, boceto lírico en un acto y en prosa, música de los maestros Brull y Torregrosa.
La zarzuela nueva, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.
La vacante de Cañete, sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor.
Los altos hornos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Lope.
El beso de la duquesa, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.
Los mineros, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.
La espuma, comedia en un acto y en prosa.
El galope de los siglos, humorada satírico-fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Esta obra se vende únicamente en el domici io de la **Sociedad de Autores**, Florín, 8, bajo, Madrid.

Precio de cada ejemplar: **Una peseta.**